

**D**escendamos por la altísima frente de un gigante, pasemos por las cuevas de sus fosas nasales y detengámonos a descansar (claro, si el gigante es amigo) en la palma de una de sus manos. Si entonces dirigiéramos la vista a su cabeza, comprenderíamos lo pequeños que somos.

Hace años escribí un Recreo sobre los gigantes que don Joaquín García Monge publicó en Repertorio Americano. Vuelvo al tema "sin copiarme", y lo primero que hago es recordar el verso de Mosén Jacinto Vedaguer:

... Puix ans de Grecia néixer érem aci gegants ("antes de que Grecia naciera ya existían aquí gigantes"). Encontré este misterioso versito en el Canto 11 de La Atlántida, poema heroico de Vedaguer tan perdido y hundido como el continente por él cantado. Pues bien, según testigos no oculares, en la Atlántida habitaban los gigantes.

Pero aquí no nos interesan los gigantes extranjeros, tipo Polifemo o Goliath, sino los de América Latina, como aquellos que según añejos cronistas arribaron al Ecuador, concretamente a la Punta de Santa Elena, sobre enormes troncos, y también a los que hirieron la imaginación de Vasco Núñez de Balboa cuando exploraba el legendario Darién. Un nativo le contó que torres humanas habían existido en la costa de To-

doko, tikitike, wambutu, bomokandi, etc. Parecen nombres de duendes.

Agiles, inteligentes, rencorosos, sufridos, amables según se les trate, grandes conocedores de plantas y animales, expertos en mirar por el rabillo del ojo, los pigmeos, así como son de pequeños, pueden considerarse gigantes de la naturaleza y hombres dotados de finísimos sentidos. También son magníficos alfareros y hortelanos, pero la actividad en la que han obtenido calificación diez y diploma es la cacería. Ellos viven de suministrar carne a cambio de otros comestibles y objetos industriales, y no ha nacido la gacela que les coma el mandado. Sus armas son el arco y la flecha de pequeñas dimensiones, pero mortal. Flecha emponzoñada de pigmeo en la nuca es rayo láser fulminante.

Carlos Pittaluga, hijo del sabio doctor don Gustavo Pittaluga (leer "Carácter y Personalidad", entre otras de sus obras), me dijo una vez que su padre trajo de la Guinea un pigmeo. Llegó con él a Madrid, lo vistió con pantalones bombachos, chalequillo de raso, collar y turbante, y fue la sensación cuando paseó con él por la Puerta del Sol. Carlos Pittaluga tenía ocho años cuando el pigmeo, ataviado como un criado de Las Mil y una Noches, se presentaba frente a la cama de su abuela llevándole el desayuno en una bandeja, y la señora gritaba: ¡Sacadme esta cosa de aquí!"

Se ha creído que los pigmeos pertene-

## Sobre gigantes y pigmeos

ALFREDO CARDONA PEÑA

Desde México.

li, procreados por un tal Mechion y una mujer de nombre Maneca. Dice la leyenda, bisabuela de la historia, que como Maneca sólo tenía un seno, amamantó con enorme fuerza a sus hijos.

Descendamos ahora por la frente mítica y lleguemos a los hombrecillos de la seiva, a los enanitos guerreros, a los negrillos de ojos vivaces que atisban a los cazadores entre la espesura y gozan comiendo sal en sus manos (la sal es para ellos lo que un helado de vainilla para nosotros). Estas criaturas han sido bautizadas con el nombre de pigmeos, y Tarzán me acaba de decir desde Nairobi que constituyen, entre los diversos pueblos y razas de Africa, los más pintorescos grupos étnicos del mundo.

Por supuesto, ahora los pigmeos le hablan a usted por teléfono y le piden un dólar por llevarlo al río más próximo, pero con todas estas malcrianzas de la civilización, continúan sabiamente agrestes.

Los misales del idioma me han dicho que la palabra pigmeo proviene de una voz griega que significa codo, y en efecto, los pigmeos tienen escasos codos de estatura. Imaginense ustedes que las mujeres no sobrepasan el metro, y los hombres oscilan entre los 130 y los 150 centímetros... Bueno, si casáramos a una pigmea con un gigante, terminarían ambos con la lengua de fuera después de subir ella a darle un beso, y bajar él a corresponderle. El mejor regalo sería para ellos una escalera matrimonial que en vez de peldaños tuviese colchones.

Los etnógrafos, esos científicos disfrazados de "boy scouts", les han dado nombres muy curiosos. He aquí algunos de esos nombres: aka, bakebake, batúa, eve, obongo,

cen exclusivamente al Continente Negro, y no hay tal, pues así como existieron gigantes en América (comprobarlo en las aseveraciones de Bernal Díaz), así también existieron los enanos. Acabo de leer un despacho periodístico de la agencia Latín, procedente de Quíbor, Venezuela, informando al mundo que 200 esqueletos de pigmeos, tesoro arqueológico que data de 1.600 años antes de la Era Cristiana, según pruebas del carbono 14, descubiertos hace varios años para asombro de propios y extraños, quedaron sepultados de nuevo al pavimentarse una calle de esa ciudad. ¡Es el colmo! ¡Una calle aplastando a la ciencia y el arte de las razas humanas! Debajo de las avenidas elegantes y de los no menos elegantes "metros" de las urbes, gimen las raíces del origen. Cuando se abrieron las entrañas de México para construir el ferrocarril subterráneo, aparecieron osamentas de mamuts y camellos.

Muchas veces el progreso es cruel, pero no puede detenerse. Yo vi desaparecer una hermosa avenida de álamos para tender los cables eléctricos de un nuevo sistema tranviario: "Se hizo la calle!, se alzó la anchurosa avenida/y cayeron heridos los álamos".

El hallazgo de los esqueletos de Quíbor ha inquietado la indagación del comienzo del hombre americano, pues esos restos serían los más antiguos de este continente.

Pero... el distinguido arqueólogo venezolano Miguel Acosta Saignes, a raíz de los acontecimientos de Quíbor, declaró: "Se sepultó la ciencia y la cultura en aras del progreso, si es que el progreso se puede construir sobre la ignorancia". Y con esta declaración del renombrado científico, tan veraz y sólida como un templo, nos despedimos por ahora.

